

VIRTUD Y PODER. DOS VISIONES MODERNAS DE SÉNECA: MONTAIGNE Y DIDEROT

Fátima Martín Sánchez

Doctora en Filología Clásica por la Universidad de Córdoba

RESUMEN:

La imagen de Séneca ha variado mucho a lo largo de la historia. Entre los autores modernos que lo han estudiado, destacan Montaigne y Diderot. Ambos elogian y admiran a Seneca, repitiendo sus conceptos morales e imitando sus comportamientos políticos.

ABSTRACT:

The image of Seneca has changed greatly throughout history. Among those modern writers who have studied about it, Montaigne and Diderot outstand. Both praise and admire Seneca, repeating his moral concepts and imitating his political behavior.

PALABRAS CLAVE: *poder político, filosofía, Ensayos, lex naturae, sabio estoico, virtud.*

KEYWORDS: *political power, philosophy, Essays, natural law, wise stoic, virtue.*

1.- INTRODUCCIÓN

La figura y pensamiento de Séneca siempre formaron parte de la historia del espíritu occidental. Como personaje histórico en la corte de los emperadores romanos o como figura de leyenda en apologistas o detractores. Sobre Seneca han proliferado las versiones e interpretaciones, pudiéndose hablar de un “Seneca de la historia.” y de un “Seneca de la leyenda”. Incluso, aun en vida, su personalidad fue objeto de controversia. Provocó aprecio y admiración por parte de la cultura cristiana antigua y medieval, hasta ser considerado por los Padres de la Iglesia como “Seneca noster”. Su prestigio se prolongó también a lo largo de la modernidad, si bien, bajo un prisma concreto:

como símbolo de la virtud y del poder, en cuanto consejero de Estado y educador de un emperador posteriormente deprimado¹.

Entre los numerosos escritores modernos que se inspiraron en él cabría nombrar a Pascal, a Goethe y a Nietzsche. Y entre nosotros a Quevedo, Unamuno y a Azorín. Aquí nos permitimos destacar las visiones que del filósofo cordobés tuvieron dos personajes modernos. Un “gentil hombre” renacentista: M. de Montaigne y un ilustrado enciclopedista D. Diderot. El primero hace una clara de-

¹ Cf. GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J.M.: *Variaciones, de su imagen en el tiempo* en DOCUMENTOS A. *Genealogía científica de la cultura*, 7-III-1994, ed-Anthropos, Barcelona.

fensa de Séneca y la justifica alegando que siente una gran familiaridad con estos autores clásicos; apela también al consuelo que suponen para su vejez y a la ayuda que le han prestado para redactar su libro “erigido –dice– con sus despojos”². Quedo acuñó un conocido dicho sobre los *Essais* Montaigne: “Es libro tan grande que quien por verle dejara de leer a Séneca y a Plutarco, leerá a Plutarco y a Séneca”. Y Nietzsche encuentra la fórmula incisiva para describirlo: “Torero de la virtud”³. El segundo, Diderot, se pregunta: ¿Cuál es el papel del intelectual en la política? ¿Por qué Seneca, contraviniendo el *sustine et abstine* de sus convicciones estoicas responde afirmativamente a la cuestión *sitne sapientis ad rem publicam accedere?*

Cuestiones como la del compromiso del intelectual con el poder o la de la función de la filosofía en la construcción de la *polis* entran a formar parte desde antiguo de la reflexión filosófica. El filósofo aspiró a organizar la vida social en dos vertientes: la teórica, mediante el uso de la razón en la búsqueda de la verdad y la práctica, mediante el consejo y el ejercicio de la virtud. Lo cual implicaba que entre el filósofo y el político existieran diálogo y colaboración con la finalidad de que la razón oriente a la sociedad.

2. MONTAIGNE: DEFENSA DE SÉNECA Y DE PLUTARCO

2.1. La obra maestra de un gentil hombre renacentista

En pleno Renacimiento francés venía

al mundo (22-II-1533) en el castillo de Montaigne (en el Perigord) Miguel Eyquem, hijo de ricos mercaderes y de ascendencia española por parte de su madre, una conversa. Educado con esmero aprendió el latín antes que el francés y estudio derecho en Toulouse. Dedicado posteriormente a la administración pública fue largo tiempo miembro del parlamento de Burdeos (1557-1570), retirándose posteriormente a su castillo de Montaigne para disfrutar de sus actividades preferidas: el sosiego campestre y la lectura.

Montaigne aparece en la primera fila de la historia intelectual de Francia. Su figura encarna al gentil hombre renacentista del país vecino. Personalidad refinada y culta, escéptico y amante del placer y de la vida, se muestra admirador de los escritores clásicos, entre ellos de Virgilio, Cicerón, Séneca y de Plutarco. Como buen renacentista los lee con asiduidad buscando inspiración. De sus lecturas extrajo ideas y curiosidades que se convirtieron en tema de meditación y argumento de sus ensayos, plenos de dudas en un estilo cortado y punzante. Sus múltiples lecturas derivaron en un sano escepticismo que concitó ante su figura tantos admiradores como detractores.

Montaigne escribió una obra maestra en la que crea el género del ensayo moderno: los *Ensayos*. Tres volúmenes divididos en otros tantos libros, con 107 capítulos, sobre temas dispares, que van de la reflexión moralizante a la crítica social y a la orientación pedagógica. Una compilación de textos en su mayoría breves sobre temática dispersa: reflexiones sobre las pasiones humanas, apología de autores clásicos, orientaciones sobre una

² MONTAIGNE, *Ensayos completos*, II, Barcelona, Orbis, 1985², pp.339-340 y 74-75.

³ *Streifzüge eines Unzeitgemässen*, I.

buena educación... y que fueron escritos en la segunda planta de la torre de su castillo bordelés. Montaigne inicia la redacción de los mismos en 1572, los dos primeros volúmenes ven la luz en 1580 y en 1595 se publican los tres volúmenes corregidos y aumentados. Se trata de un libro que llegó a ser ilustrado en su día por S. Dalí (1940) tal como el famoso pintor había hecho anteriormente con el *Don Quijote*.

La obra carece de orden y sistematización lógica pero está plena de sugerencias atrevidas y de sensatez cotidiana. Cada texto abunda en citas que, a medida, que avanzan se truecan en reflexiones personales. Son textos, por consiguiente, que no se reducen a mera recopilación de “dichos” sino que abundan en reflexión propia del autor. En el “Prólogo al lector” Montaigne explica cómo quiere ser interpretado: “quiero que en él [libro] me vean con mis maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo y artificio... pues píntame a mí mismo” a través de análisis de personajes históricos y de textos clásicos en perspectiva autorreferencial que otorga a los *Ensayos* una dimensión confesional⁴.

Un sano escepticismo planea sobre toda la obra en un lenguaje purgado de prejuicios y dogmas y pleno de moderación y tolerancia. Actitud un tanto escasa en época de conflictos religiosos y abundante en dogmatismos e intolerancia. Sobre el trasfondo de los *Ensayos* se dibuja un protagonista: el mismo Montaigne, con fuerte talante egocéntrico, dispuesto a testimoniar la propia autoestima, retra-

tando el propio mundo interior. Son una invitación a poner en práctica el viejo adagio socrático: “conócete a ti mismo”, sobre cuya pauta Montaigne describiéndose a sí mismo, retrata al ser humano. A este propósito escribirá frases lapidarias: “Yo mismo soy la materia de mi libro”; “Otros miran ante sí; yo miro a mi interior”. Ideas impregnadas de modernidad por su inmersión en la subjetividad y que convierten a Montaigne en pensador cercano a nosotros⁵.

Del trasfondo de los *Ensayos* se ha escrito que coincide con el humanismo cristiano del siglo XVI. El cual no empuja una carga de relativismo escéptico a fuerza de acentuar los límites de la razón humana en el conocimiento de la verdad. No menor rechazo se muestra contra las atrocidades de las guerras de religión que asolaban por entonces a Europa. Todo ello adobado con un pensamiento moralizante de matriz estoica, con Séneca como maestro y con agudas reflexiones sobre el dolor, la adversidad, las pasiones o la muerte⁶. Pieza sobresaliente de los *Ensayos* es la *Apología* del catalán Raimundo de Sabunde o Sibiuda, fundador de la Universidad de Toulouse.

2.2. Montaigne lector e imitador de Séneca

Los *Ensayos* de Montaigne citan abundantemente a Séneca y las *Cartas a Lucilio* actúan como inspiradoras de la sabiduría moral mundana del pensador galo⁷. Éste expone una filosofía de la virtud que re-

⁴ ARENAS CRUZ, M.E.: *Hacia una teoría general del ensayo*, Cuenca, Eds. Universidad Castilla-La Mancha, 1997, p.65.

⁵ ESCARTÍN GUAL, M.: “A la búsqueda del YO: Montaigne y Azorín”, en *Ínsula*, nº743, 2008.

⁶ Ver la Introducción a los *Ensayos*. Ed. bilingüe (Círculo de Lectores) de J. Yagüe Bosch.

⁷ Ver HILL HAY, C.: *Montaigne lecteur et imitateur de Sénèque*, Poitiers, 1938 y PIRE, G.: “De l’influence de Sénèque sur les “essais” de Montaigne” en *Les études classiques*, 22, 1954, pp.270-286.

produce ideas senequianas. Con ellas recalca una postura intelectual en consonancia con su espíritu humanista. *Las Cartas a Lucilio* son su obra preferida y más citada. La virtud estoica crea la tensión adecuada a quien en un momento determinado ha de tomar decisiones que van más allá de la cotidianidad y de la costumbre. Por eso impregna aquellos momentos claves de la existencia tal como muestran la muerte de Sócrates, la muerte de Catón o la muerte del mismo Séneca. Meditar en ésta, la muerte, actúa como contrapeso frente a los bienes que depara la fortuna, tales como los honores, las riquezas o la grandeza⁸.

Los *Essais* están poblados de citas y referencias. Montaigne sintoniza con lo que en ellas se dice en un clima espiritual cercano al estoicismo, que rezuma humanismo renacentista. Se trata de diseñar un modelo de vida en el que también está muy presente la muerte. Para ello imita la senequiana *Consolación a Marcia*⁹.

Encerrado en la segunda planta de su castillo de Perigord, Montaigne reflexiona sobre los temas que desfilan por los escritos senequianos: la virtud, la muerte, la vida contemplativa, la amistad, el ocio, las pasiones humanas y también virtudes como la clemencia. Línea argumental y estilo diseñan un *Seneca redivivus*, adobado con estímulos de gentil hombre renacentista¹⁰.

Dos actitudes espirituales toma Montaigne de sus admirados clásicos: de Séneca una actitud estoica; de Sexto Empírico, una actitud escéptica. Espíritu latino y talante griego entremezclados. El talante estoico aparece vinculado a Catón el Joven, ejemplo de actitud estoica¹¹. El escepticismo pirroniano se revela en la pregunta ¿qué se yo? que impregna la valiosa *Apología de Raimundo de Sabunde*. El escéptico se mueve entre los extremos que marcan la verdad y la falsedad, los contrastes y contradicciones que circulan entre ambas y que dan origen a la duda.

Para un espíritu selecto del Renacimiento todo gira en torno a su idea del hombre. Idea que Montaigne también diseña recurriendo a Séneca. Repetimos que este giro en torno al *sí mismo* convierte a Montaigne en un introspector de la subjetividad, como es sabido, rasgo de la modernidad.

2.3. Defensa de Séneca y de Plutarco

El capítulo XXXII del libro II de los *Ensayos* de Montaigne lleva por título *Defensa de Séneca y de Plutarco*. Para Montaigne ambos aportan abundante enseñanza y deleite y a ellos dedica un sabroso ensayo. Nosotros nos interesamos por la imagen que traza sobre Seneca¹². Tanto Plutarco como Séneca son preceptores de un emperador y comparten muchas cosas: provienen del extranjero, son ricos y poderosos. Séneca destaca por la sustan-

pp.86-95.

¹¹ Cf. *Essais*, libro I, cap. XXXVII: *Sobre el joven Catón*.

¹² Es tema que ha interesado también a otros autores: CLARK, C.E.: *Seneca's Letter to Lucilius as a Source of Some of Montaigne's Imaginery* en "Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance", 2, 1968, pp.249-266; VILLEY, P.: *Les sources et l'évolution des "Essais" de Montaigne*, Paris, Hachette, 1908, 2 vols.

⁸ Ver MARTÍN SÁNCHEZ, F.: "Senequiana mortis meditatio", en *El ideal del sabio en Séneca*, Córdoba, MP y Caja de Ahorros, 1984, pp.141-162.

⁹ Ver el cap. XX de los *Ensayos: Que philosopher c'est apprendre à mourir*.

¹⁰ USCATESU, G. efectúa un seguimiento de los rastros de Séneca en Montaigne en *Séneca, nuestro contemporáneo*, Madrid, Editora Nacional, 1965,

cia filosófica, la firmeza y la constancia, imitador del *sabio estoico*. Pero su admiración no es menor por Plutarco en su período de madurez. Por eso considera una obligación defender el honor de Séneca frente a las calumnias de Dion Casio, dado que este formula numerosas y graves acusaciones contra Séneca, que los detractores del filósofo cordobés repetirán a lo largo del tiempo¹³.

Montaigne se siente obligado a salir en defensa de Séneca en agradecimiento a lo mucho que sus *Ensayos*, contruidos con despojos de Seneca, le deben. La ocasión es un folleto en donde los seguidores de la religión pretendidamente reformada (protestantes), para defender su causa, establecen semejanzas entre los reinados de Carlos IX de Francia y de Nerón. Uno de tales escritos parte de la semejanza que encuentra entre el reinado del rey Carlos IX y el de Nerón y compara al difunto cardenal de Lorena con Séneca. Coinciden ambos personajes en que fueron los primeros preceptores de sus príncipes y coteja una serie de costumbres y condiciones que rodearon sus actos. Hace un elogio del ingenio, de la elocuencia, del celo religioso, del servicio al rey del cardenal de Lorena y remarca la suerte de haber nacido en un momento en el que se precisaba de alguien excepcional que, siendo eclesiástico, trabajase por el bien público con la entrega y capacidad con

que lo hizo esta eminencia de la Iglesia. Sin embargo, sitúa al filósofo por delante de él tanto en sus facultades como en su virtud. Y así dice: "...compara al difunto cardenal de Lorena con Séneca, haciendo notar que ambos fueron los primeros preceptores de sus príncipes y cotejando sus costumbres, condiciones y actos. Esto, en mi opinión, honra no poco al cardenal. En efecto, soy de aquellos que estiman mucho su ingenio, servicio de su rey y buena fortuna de haber nacido en un siglo donde él fue tan nuevo y excepcional y donde se requirió para el bien público un personaje eclesiástico de tanta dignidad y nobleza y de tanta capacidad en su cargo. Pero, de confesar la verdad, diré que no aprecio sus facultades, ni de lejos, tanto como las de Séneca, ni creo que su virtud fuera tan clara, entera y firme como la de aquel filósofo"¹⁴.

El panfleto al que se refiere Montaigne tiene por fuente, como dijimos, la *Historia romana* del historiador griego Dion Casio, que vivió a caballo entre los siglos II y III de nuestra era, quien, a pesar de recoger algunos aspectos positivos de Séneca, presenta la descripción más negra del mismo legada por la Antigüedad. Sobre ella afirma K. A. Blüher, eximio investigador de la recepción de Séneca en España, que mientras Tácito se muestra imparcial al bosquejar la personalidad de Seneca, Dion Casio presta gustoso oídos a todas las quejas contra Séneca, presentándole como político sagaz pero corrupto, adulador y ansioso de riquezas e incluso inductor de desenfreno sexual a Nerón. Es decir un personaje hipócrita, que hacía lo contrario de lo que enseñaba

¹³ Dion Casio (155-229) historiador griego nacido en Nicea y político de profesión, sucesivamente senador, pretor, legado militar y cónsul bajo distintos emperadores, narra en su *Historia romana* el cambio del sistema republicano al imperial en la Urbe. Los 80 libros de la misma se han perdido en su mayor parte. En lo referente a Séneca se inspira en el libelo de un tal Suilio, magistrado de los tiempos de Nerón, que había sido condenado por Séneca y de quien se vengó en el libelo con abundantes dicterios.

¹⁴ MONTAIGNE: *Ensayos completos*, II, *op.cit.*, pp.339-340 y 74-75

en su filosofía¹⁵. La inconstancia y las veleidades del citado historiador, sin embargo, no ofrecen credibilidad a Montaigne ya que, a veces considera a Séneca como sabio y enemigo acérrimo de los vicios de Nerón y, otras, lo presenta como usurero, avaro, relajado, voluptuoso... Estas reservas ante los juicios de Dion Casio son también compartidas por prestigiosos estudiosos contemporáneos de la persona y obra de Seneca¹⁶.

Respecto a la virtud de Séneca, para Montaigne, aparece con una claridad meridiana tanto en sus escritos como en las alegaciones que hace al hablar de su riqueza y de los gastos excesivos. Por todo ello, son más creíbles los historiadores romanos que los extranjeros. Tácito y los demás nos presentan un retrato de Séneca como persona virtuosa y excelsa ensalzando la vida y la muerte como queda constatado en este texto: “Además, la virtud de Séneca aparece tan diáfana en sus escritos y tan obvia en la defensa de sus imputaciones, tales como su riqueza y gastos excesivos, que no aceptaré testimonio alguno en contrario. Por ende, en estas cosas son más de creer los historiadores romanos que los extranjeros, y Tácito y los demás hablan con mucho honor de la vida y muerte de Séneca, pintándonoslo como persona en todo

virtuoso y excelsa...”¹⁷.

En lo referente a aquello que añade algún fruto al placer y me ayuda a ordenar mis opiniones, Montaigne prefiere a Plutarco y a Séneca porque encuentra en ellos la ciencia que busca aunque la traten de un modo un tanto deshilvanado. Esto es lo que ocurre con los opúsculos de Plutarco y las epístolas de Séneca: “...Tal ocurre con los opúsculos de Plutarco y las epístolas de Séneca, que son la parte más bella y provechosa de su escritos. Poco esfuerzo necesito para acometerlos, y además los dejo cuando me place, porque son piezas que no tienen sucesión ni dependencia unas de otras...”.

Además, estos autores tienen opiniones similares, útiles y verdaderas pues en ellos han concurrido circunstancias parecidas: la fortuna les permitió nacer en el mismo siglo, ambos fueron preceptores de emperadores romanos, los dos procedían de provincias del Imperio Romano y también gozaron de riquezas y poder.

Presentan sus enseñanzas de manera sencilla y oportuna. Frente a la uniformidad y constancia de Plutarco, Séneca ofrece mayor diversidad y sinuosidad, parece que encastilla la virtud como para protegerla de la debilidad, del miedo y de los apetitos viciosos. Sin embargo, aquél no presta tanta atención a los esfuerzos y rehúye ponerse en guardia. Mientras Plutarco sigue a Platón y sus opiniones se acomodan más a la sociedad civil, Séneca se decanta por el estoicismo y epicureísmo y sus principios se alejan del uso común. Por otro lado, Séneca se doblega más fácilmente a la voluntad de los empe-

¹⁵ Ver BLÜHER, K. A.: *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*. Trad. de J. Conde, Madrid, Gredos, 1983, p.20. Sobre la valoración de Séneca en la antigüedad cf. FAIDER, P.: *Études sur Sénèque*, Gante, 1921, pp.9-107.

¹⁶ Para GRIMAL, P.: *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, Paris, Les Belles Lettres, 1979, pp.45 y 157, la figura de Séneca dada por Dion Casio en su *Historia Romana*, Madrid, Gredos, 2004, no ofrece confianza alguna por tratarse de textos interpolados y por la lejanía temporal que separa a Dion Casio de Séneca. Nos encontraríamos ante una probable calumnia.

¹⁷ MONTAIGNE, *Ensayos completos II*, *op.cit.*, pp.339-340 y 74-75

radores ya que, nos consta que, sólo con “criterio forzado” condenó la causa del magnicidio de César. Por el contrario, Plutarco es más libre.

Séneca presenta más ocurrencias y Plutarco más cosas. Si aquél nos conmueve más, éste nos deja una mayor sensación de contento. Él nos guía y el otro nos prueba. “Sus enseñanzas son la flor de la filosofía y están presentadas de manera sencilla y pertinente. Plutarco es más uniforme y constante; Séneca más ondulante y diverso. Éste se afana, yergue y endurece para armar a la virtud contra la debilidad, el temor y los apetitos viciosos. El otro no estima tanto sus esfuerzos y desdeña apresurar su paso y ponerse en guardia. Plutarco tiene opiniones platónicas, dulces y acomodables a la sociedad civil, mientras Séneca las profesa estoicas y epicúreas y más alejadas del uso común, si bien, a mi juicio, más ventajosas en particular y más firmes. Séneca parece doblegarse un poco a la tiranía de los emperadores de entonces, porque tengo por cierto que sólo con criterio forzado condena la causa de los generosos asesinos de César. En cambio, Plutarco es libre siempre. Séneca abunda en ocurrencias y finuras; Plutarco en cosas. Aquél nos caldea y conmueve; éste nos contenta más y nos recompensa mejor. Él nos guía, mientras el otro nos prueba¹⁸”.

3.- DIDEROT: SOBRE LA VIDA DE SENECA

Seneca encarna de forma paradigmática las relaciones entre la filosofía y el poder político, una cuestión ampliamente debatida por los historiadores. Tal relación vertebró la acción, la vida y la muer-

te del pensador cordobés, sustentada, por un lado, sobre la filosofía estoica y por otro sobre la función de preceptor y consejero de Nerón. Este asunto ha interesado a literatos e historiadores entre los que destaca al respecto el ensayo escrito por D. Diderot. Éste reflexiona sobre las relaciones entre filosofía y poder al final de su vida, comparando personajes de la antigüedad clásica que ejercieron el poder y modernos ilustrados entre los que se encuentra él mismo.

El famoso enciclopedista ilustrado, conocedor por experiencia personal de la relación filosofía-poder, dada su estancia en la corte de los zares rusos, analiza la vida y obra de Seneca, utilizando ambas como pautas de su propia autobiografía. Se trata de verse a sí mismo en el otro, como en un espejo. Escribe a este propósito su *Essai sur les règnes de Claude et de Néron, et sur la vie et les écrits de Sénèque, pour servir d'introduction à la lecture de ce philosophe*. El ensayo, publicado en 1778, contiene una biografía de Séneca, acompañada de un relato de los reinados de Claudio y de Nerón. El escrito había sido solicitado a Diderot por dos colaboradores de la *Encyclopédie*: Holbac y Naigeon y estaba destinado a servir de introducción a la traducción de las obras de Séneca. Pero el texto de Diderot desbordó el propósito inicial y se decidió darle otro destino: publicarlo como ensayo independiente que sirviera de comentario y guía para la lectura de Séneca¹⁹.

Dos son las razones que Diderot señala en el prólogo que le han motivado a

¹⁸ MONTAIGNE, *Ensayos completos*, II, *op.cit.*, pp.339-340 y 74-75.

¹⁹ La obra se divide en dos libros. El primero contiene una biografía detallada de Séneca y de sus peripecias en las cortes de Claudio y de Nerón. El segundo es una reseña de las obras de Séneca con resumen de su ideario.

escribir: 1) examinar la vida y obra de Seneca para reivindicar su figura si hubiese sido calumniado y para lamentar sus debilidades si le hubiera encontrado culpable y sacar provecho de sus lecciones sabias y vigorosas. 2) Tal motivación explicitada va acompañada de otra intencionalidad menos explicitada y más profunda: al hablar Diderot del papel de Séneca en la corte de Nerón, quiere establecer un paralelismo con su propia situación en la corte de Catalina II de Rusia. Esta trasposición histórica sobre su papel en la corte de los Zares sirve de encuadre para establecer paralelismos entre los comportamientos de Séneca y la actitud de pensadores modernos en la misma situación. Lo cual conduce a un análisis del puesto del filósofo en la sociedad: implicaciones en los gobiernos, enjuiciamiento de problemas, crítico de malas prácticas y consejero de lo justo²⁰.

3.1. ¿Qué hacían en la corte de Claudio y de Nerón Burro y Séneca? (Cap. XLV)

En oposición a Rousseau, su amigo-enemigo, Diderot es partidario del compromiso del intelectual con el poder. De partida, en su "*Vida de Séneca*", muestra extrañeza ante la presencia de ambos en la corte de un Claudio y en el palacio de un Nerón. ¿Acaso se trató de contemporizar con el poder, condescendiendo ante los vicios de Nerón? No es el caso. Se

trata de intervenir ante el poder para mejorar su uso, de evitar males mayores²¹. Diderot se pregunta por qué Burro y Séneca se empeñaron en permanecer junto a un emperador depravado y corrupto y responde que porque esperaban una mejora ética y política del mismo, como un padre espera que el hijo descarriado retorne al buen camino. ¿Acaso estaban en su sitio? De ninguna manera pero, sólo la experiencia y el tiempo demostrarían y les daría la razón de que su alumno no merecía sus atenciones y que el emperador que tenían al lado no era digno de su afecto, ni de sus lecciones, ni de sus desvelos y consejos.

Entonces ¿por qué entraron en aquel antro? Es preciso aclarar que Nerón reinó doce años y que durante los cinco primeros se le puede considerar un excelente emperador; de ahí que mereciese la pena el trabajo que realizaron sus maestros ahorrando cinco años de calamidades al pueblo romano. Así lo expresa Diderot: "...Pero eran el tiempo y la experiencia quienes habían de enseñarles que el alumno que se les había confiado no era digno de sus cuidados; que el emperador que veían de cerca no merecía ni su afecto, ni sus lecciones, ni sus servicios, ni sus consejos"... "Pero, ¿por qué meterse en el antro de la bestia?...". Luego preguntará si el filósofo no merece gratitud del pueblo romano al haberle ahorrado cinco años de calamidades y si un prodigio tan asombroso no bastaba para sostener su esperanza y prolongar su paciencia..."²². Diderot, en consecuencia, parece distinguir tres fases en la actividad de Séneca

²⁰ Ver al respecto EDOARDO PARON, A.: *I Filosofi e il potere politico: Denis Diderot interprete della vita di Seneca*; CASINI, P.: "Diderot, apologiste de Sénèque" en *Dix-huitième siècle*, n°11, 1979, p.238 y ss; GINZO, A.: "El problema de la filosofía y el poder" en D. Diderot: V: Diderot como interlocutor de Seneca" en *Endoxa*, Series Filosófica, n°10, 1998, pp.251-286 y "Los antiguos y los modernos: D. Diderot", VI-2, "Séneca y su recepción histórica" y VI-3, "Diderot y la apología de Séneca" en *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad clásica*, n°2, 1996, pp.51-100.

²¹ GINZO, A.: *El problema de la filosofía y el poder...* p.283.

²² DIDEROT: *Vida de Séneca*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

en la corte: en la primera predomina la esperanza; en la segunda experimenta la perversión de su discípulo. En la tercera opta por la retirada a la vida privada, ante la irremediable depravación de Nerón.

En el cap. XLVI Diderot expone qué papeles representó Séneca en la corte de Nerón. Según él, los talentos y las virtudes que poseía Séneca brillaban de tal manera que hicieron que una mujer ambiciosa se fijase en él y lo llamase a la corte de Nerón. En ella se le encomendaron dos papeles: en primer lugar, maestro del soberano y, después, su ministro. Además de filósofo moral que instruye y aconseja, Séneca se revela como hombre de estado. Su aspiración consistía en lograr el príncipe honesto y prudente que gobernara el imperio de acuerdo a la *lex naturae*, al logos que según convicciones estoicas, gobierna la totalidad del universo²³.

La mujer ambiciosa de quien habla Diderot no era otra que la madre de Nerón, Agripina. Es de recordar a este propósito que bajo el emperador Claudio, Seneca había sido desterrado a Córcega por voluntad de Mesalina, primera mujer de Claudio. Séneca, no obstante, se granjeó el aprecio y la admiración de los cortesanos romanos por sus consejos, que muchos interpretaban como críticas a los vicios de la corte. Entre sus admiradores se encontraba Julia, sobrina del emperador, y de cuya corrupción y adulterio Mesalina acusó de cómplice a Séneca. Asesinado Claudio y retornado Séneca del exilio, le es encomendada la educación del adolescente Nerón, a petición de la ambiciosa Agripina, madre de éste, que quiere convertir a su hijo en un príncipe cabal.

²³ GINZO, A.: *Los antiguos y los modernos*. D. Diderot... p.89.

Séneca por ese camino deviene no solo preceptor del emperador sino también hombre de estado. Consciente, en todo caso, de haberse metido en la boca del lobo, como el tiempo se encargará de mostrar.

Séneca fue paciente y nunca desesperó del joven príncipe que se le había encomendado. Además compara el corazón de un maestro con el de un padre hacia su hijo y si el discípulo es emperador y de él dependen la felicidad y desgracia de sus súbditos, ¿bastaría para liberar al maestro de sus funciones o al ministro de sus deberes? El siguiente texto nos permite ver claramente lo anteriormente expuesto: “Séneca fue llamado a la corte de Nerón, debido al brillo de sus talentos y virtudes, por una mujer ambiciosa que tenía que reconciliarse con la nación, y que no sabía apreciar justamente la rigidez de los principios del filósofo o que se había propuesto quebrantarla. Cuando dejó de ser maestro del soberano, pasó a ser su ministro. Son estos dos papeles que importa distinguir. No tuvo prisa en desesperar de un joven príncipe a quien había colocado y al que se había propuesto conducir al lugar de los grandes soberanos... El corazón de un maestro virtuoso es para su alumno lo mismo que el de un padre para su hijo, y si el discípulo es emperador, si tiene en sus manos la felicidad y la desgracia del universo, un crimen, me atrevo a preguntarlo, el mayor de los crímenes, traído por un fatal encadenamiento de circunstancias donde fuera preciso que una madre perezca por su hijo, o el hijo por su madre, ¿bastaría para liberar al maestro de sus funciones o al ministro de sus deberes?”²⁴.

²⁴ DIDEROT: *Ibidem*, pp.76-84; 197-202 y 210-

3.2. *El hombre honrado, firme y constante*

Diderot presenta a Séneca como el hombre honrado y sensible que, muchas veces, se siente desolado, que se aleja, mira hacia atrás, vuelve sobre sus pasos y teme retirarse demasiado. El hombre firme se mantiene en su puesto, y aunque presiente que se acerca su perdición, él la desafía. Por eso defiende a Séneca que no se retira de su puesto ni hace dejación de responsabilidad alejándose del pervertido Nerón, a sabiendas de que arriesga la propia fama y vida. Al reflexionar sobre los emperadores romanos, fueran Calígula, Claudio o Nerón, venerados como dioses por el vulgo, Séneca piensa que la mejora de los mismos es posible, a pesar de sus comportamientos como déspotas, tiranos y autócratas. Los príncipes, aun con inclinaciones perversas, son mejorables y el famoso *quinqueniū Neronis*²⁵ así lo demostró. Tal debe ser, puede leerse entre líneas, la actitud que debe adoptar el intelectual ilustrado, dispuesto a mancharse las manos con la esperanza de mejorar al rey y a su gobierno. El estoicismo aprendido de sus maestros enseñaba a Séneca cómo comportarse en tales situaciones.

Recobrar su libertad en vísperas de su muerte es lo que hizo Séneca. Veámoslo en el siguiente texto: “...Veo al hombre honrado y sensible sentirse desolado, alejarse, volver la mirada hacia atrás, detenerse, volver sobre sus pasos y sentir el temor de retirarse demasiado pronto. El hombre penetrante siente la inoportunidad de su presencia y de sus consejos: el

hombre firme se mantiene en su puesto, ve acercarse su perdición, y la desafía; no ha recobrado su libertad sino en el momento de una desgracia evidente, en la víspera de su muerte. Es lo que hizo Séneca. Poneos en el lugar del filósofo, del maestro y del ministro y pensad en la forma de conducirnos mejor que él...”. “...Algunos piensan que Séneca no ha filosofado sino en los libros. Por lo que a mí respecta lo considero tanto y más filósofo efectivo que de nombre...” Y no es Montaigne quien se expresa así, como podría sospecharse²⁶.

Séneca defiende la permanencia del hombre público en su puesto a pesar de las desazones y los contratiempos. El hombre público no puede desfallecer; gracias a su fortaleza, resistirá hasta el último momento, tiene que esperar a que lo echen. Cuando se encuentra en la corte de Nerón está animado porque los negocios prosperan, sus libros alcanzan una gran repercusión, sus opiniones son valoradas y es feliz en la nueva etapa de su vida: él está convencido de que es el momento de terminar con las intrigas, los asesinatos que marcan la política de Roma y, finalmente, que Nerón, guiado por él, será el gran innovador y renovador, es decir: el gobernante sabio que se esperaba²⁷. Él es un hombre de bien que trata de atemperar los instintos de su discípulo. Y arguye como razón que el hombre de bien no es nunca inútil como se ve a continuación: “He dicho y seguiré diciendo a los hombres públicos, cuando están ya repletos de desazones: “No hay que marcharse; es preciso esperar a que os echen”.

212.

²⁵ Es sabido por testimonio de Tácito que los cinco primeros años del gobierno de Nerón fueron óptimos y exitosos, resultado que el Historiador atribuye a Burro y a Seneca.

²⁶ *Ibidem*, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

²⁷ VVAA, “El filósofo. Consejero imperial” en *Filosofía Hoy*, n°18, 2015, p.36.

Nerón crece y, a medida que pasa el tiempo, se cansa de sus preceptores porque no le permiten dar rienda suelta a su voluntad. Como explica Antonio Priante en *El suicidio como una de las Bellas Artes*, “Séneca, al principio, intentó eliminar aquellas tendencias desviadas del discípulo Nerón, pero no pudo; luego trató de controlarlas, pero tampoco pudo; finalmente se limitó a procurar encauzarlas para no salir él mismo mal parado. Y en este proceso acelerado de dejación, el severo filósofo llegó a verse tan implicado en las maldades del César que algunas ya no se sabe si tuvieron su origen en el discípulo o en el mismo maestro”²⁸. “No podía abandonar demasiado pronto a Nerón a su perversidad sin cometer una falta grave: no habría ninguna falta en abandonarlo demasiado tarde, en decirle sólo en último extremo: “Me canso de hacer esfuerzos superfluos. Sé malvado, puesto que quieres serlo; ya no me opondré más a ello...””.

Séneca permaneció hasta el último momento al lado del emperador aunque sabía que los esfuerzos que realizaba por educarlo eran baldíos; él ya había visto que tenía ante sí una fiera. “El hombre de bien no es nunca perfectamente inútil, siempre muere demasiado pronto” [...]. “Séneca, tú nunca conseguirás nada de Nerón, ni para los otros ni para ti”. “Para hacer el bien un ministro de las provincias tiene mil ocasiones diarias en las que el consentimiento del César es inútil, tanto para impedir como para reparar el mal, es la prerrogativa inseparable de su puesto. Los amigos, los parientes, los buenos ciudadanos, que habían estado ligados al filósofo, no fueron perseguidos sino des-

pués de la muerte de éste”²⁹.

A continuación Diderot nos invita a ponernos en el lugar de varios contemporáneos de Seneca: Novio Prisco, Paulina, Mela de Galión, etc., y de algunos de los que el ministro ponía en peligro con su muerte o con su retirada y reflexionemos si calificaríamos de baja la decisión de conservar su puesto y de pensar en nuestro bienestar. He aquí el pensamiento de Séneca dominado por la idea de solidaridad: “Creo haber hecho más por mis amigos alargando mi vida, que si hubiera muerto por ellos...” “No he considerado cuán resueltamente podía morir yo, sino cuán irresueltamente lo podían sufrir ellos...” “Me he obligado a vivir, y a veces vivir es magnanimidad...” Tal es el lenguaje de su filosofía y de su corazón, tal fue la regla de su conducta... Cuando a través del brillo de algunos signos de virtud, Séneca y Burro descubrieron en Nerón un germen de crueldad y de otros vicios prestos a florecer, se ocuparon si no de ahogarlo por lo por lo menos de retardar su desarrollo.

Esta intuición no les falló y, de hecho, el descubrimiento lo hicieron pronto: leyendo al viejo escoliasta de Juvenal vemos que Séneca se desahogaba con sus amigos advirtiéndoles del peligro que presentía de que el león retomase su ferocidad natural una vez que hubiese metido la lengua en la sangre. A pesar de todo, sus maestros decidieron permanecer junto a la bestia. Veámoslo en el texto de Diderot: “Pero este funesto descubrimiento no tardaron en hacerlo. Se lee en el viejo escoliasta de Juvenal que Séneca decía confidencialmente a sus amigos que

²⁸ *Ibidem*, pp.36-37.

²⁹ DIDEROT: *Vida de Séneca*, *op.cit.*, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

el león volvería pronto a su ferocidad natural si metía una vez la lengua en la sangre. Ellos se determinaron, por tanto, a educar y a quedarse al lado de una bestia feroz”³⁰.

Pero ¿qué pone de manifiesto este pasaje? Este fragmento revela que, en el momento en el que se hace este diagnóstico, la lengua del tigre no estaba aún manchada de sangre. Entonces ¿podríamos reprochar a Séneca y a Burro haberla encadenado durante cinco años? Y, a continuación, podríamos preguntar al filósofo cordobés: “Séneca, ¿qué has hecho de Nerón? -Todo lo que era posible hacer. He puesto bozal al animal feroz; si no hubiera sido por mí, habría devorado cinco años antes”.

En este texto, Séneca deja claro que no se le puede reprochar nada pues ha hecho todo cuanto se podía hacer. El educador ha controlado el comportamiento del educando durante un tiempo pero, transcurrido éste, los instintos más bajos y sanguinarios se han desbocado. Y ¿habrá alguien lo suficientemente atrevido como para poner fecha límite a los preceptores de un soberano, para señalar a Séneca y a Burro el momento preciso en el que deben abandonar su puesto; es decir: para indicar al sabio cuándo le conviene morir? Dejemos que hable Diderot: “Pero ¿quién será bastante osado para señalar a los maestros de un imperio, a un Séneca, a un Burro, el momento en que les conviene dejar un puesto; al sabio, el momento en que le conviene morir?” Pelópidas decía a sus amigos, a sus soldados desolados alrededor de su lecho de muerte: “La verdadera gloria no consiste

ni en morir ni en vivir, sino en hacer bien lo uno y lo otro”.³¹

No se trata de alcanzar la corona de laurel por “morir” o por “vivir”; Pelópidas dilucida esta cuestión poniendo el acento en “hacer bien” aquello que hay que hacer en cada momento. A este respecto, nos surge la duda de si Séneca acabó aceptando el crimen y el vicio puesto que continuó en la corte una vez transcurrida la buena época de Nerón. Esta imputación podríamos hacerla extensiva a otros muchos personajes insignes que disfrutaron de los privilegios de los cargos, que lucieron los símbolos de los mismos, que permanecieron en las instituciones depravadas o que contemporizaron con cortes voluptuosas y disolutas. Estas permanencias ¿encubren una aprobación de las malas costumbres o una complacencia en la depravación? Es la pregunta que se hace Diderot: “Pero, puesto que Séneca sigue en la corte después de la buena época de Nerón, ¿se sigue de ello que ha mostrado alguna complacencia en el vicio y en el crimen?”. Después de haber leído lo que precede, un ciudadano tan justamente reverenciado por los talentos que le han conducido a los grandes puestos como por las virtudes de que dio muestras, me decía: “A pesar de todo eso, no creáis que vais a justificar a Séneca a los ojos de todo el mundo [...]”. “Me hallo muy lejos de esa pretensión –le contesté. Cuando exhumé al filósofo, oí los gritos que iba a suscitar. Dentro de cincuenta años, cuando yo ya no exista, es cuando se hará justicia a Séneca, si mi apología sobrevive”.

Séneca y Burro son dos preceptores

³⁰ *Ibidem*.

³¹ DIDEROT, *Vida de Séneca, op.cit.*, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

que han de permanecer en su puesto hasta que llegue el momento en el que la muerte los releve. Ellos fueron fieles a su compromiso y cumplieron con su cometido; en una palabra, agotaron su tiempo. Diderot expresa su confusión ante la ligereza con la que unos hombres frívolos prescriben reglas de conducta a unos personajes ilustres y virtuosos que se vieron forzados a nadar contra corriente en una de las cortes más tempestuosas. Las intrigas, maquinaciones, temores, opiniones, esperanzas, los proyectos que cambian con las circunstancias, que, a su vez, éstas varían de un día para otro, constituyeron el caldo de cultivo en el que se movieron los pacientes educadores de Nerón. Diderot expresa su malestar por la liviandad de las críticas vertidas sobre ellos: “...Y lo que me confunde es la ligereza con que unos hombres frívolos prescriben reglas de conducta a personajes de una prudencia consumada y situados en la más tempestuosa de las cortes;...sin que sus falsas conjeturas sobre lo que ocurre a dos leguas de las orillas del Sena les inspiren la menor incertidumbre sobre lo que ha pasado hace dos mil años en las riberas del Tíber. Hablan no como si estuvieran bajo el vestíbulo de la mansión dorada, sino en el tocador de Popea. Que hablen, pues, ya que hallan auditores bastante pacientes para escucharlo y un apologista bastante imbécil para que los conteste”³².

3.3. Utilidad de la filosofía

Contrariando los consejos de su padre, Seneca se había decidido a dedicarse a la filosofía, a pesar de los riesgos que la decisión entrañaba. Inicia por ello contactos y lecciones con maestros afamados

como el estoico Atalo, el pitagórico Soción, el cínico Demetrio y el ecléctico Fabiano. Un abanico de doctrinas tendientes a orientar la vida y que le permitirán conducirla según el *Ideal del sabio*³³

Ante el peligro, el hombre prudente y el insensato adoptan posturas distintas. Es en este momento en el que entra en juego la filosofía. Ella nos ayuda a sustraernos al peligro y en eso radica la diferencia entre la actuación del hombre prudente y el insensato. “...¿Para qué sirve la filosofía, si no sirve en los momentos peligrosos?” Sirve para sustraerse al peligro, según que el bien general, el bien particular e incluso, a veces, su propio bien lo exijan; y eso es lo que distingue al prudente del insensato... “¿La filosofía consiste en predicar a los demás la inflexibilidad de la virtud, el desprecio a la vida y en dispensarse uno mismo de ello?”... El filósofo que da el precepto sin el ejemplo no cumple sino la mitad de su tarea. Séneca escribió, vivió y murió como un sabio. Ésta no es la opinión de Suilio y de sus discípulos, sino la de Tácito...“No hay que predicar a los demás lo que somos incapaces de hacer”. Ahora bien, esta máxima requiere una matización: “Hay que predicar a los demás todo lo que es bueno y loable, seamos o no capaces de hacerlo”³⁴. No porque carezcamos de cualidades, vamos a impedir dar un consejo. Se puede enseñar con el precepto y con el ejemplo como vemos en el siguiente texto: “Se enseña con el precepto, se enseña con el ejemplo; cada una de estas lecciones tiene su ventaja. Feliz aquel que puede ofrecernos las dos y que,

³² *Ibidem*.

³³ Ver MARTÍN SÁNCHEZ, F.: *El ideal del sabio en Séneca*, Córdoba, Pub. del M.P y Caja de Ahorros, 1984.

³⁴ *Ibidem*.

dotado del talento de Horacio, añade con su modestia: “Si no soy el instrumento que corta, ¡seré al menos la piedra que afila!”³⁵.

Séneca se adelanta a los tiempos actuales y pone en labios del hombre prudente el consejo ideal cuando éste se enfrenta a un tirano incorregible: entonces debe dedicarse a vivir y a conseguir el bienestar de las regiones cuya administración le confió un día. Además contrapone el príncipe disoluto, ignorante, feroz, débil al maestro valioso entregado a la formación de aquél: “El hombre sensato habría dicho a Séneca: “Cuando pierdas la esperanza de corregir a Nerón, vive y persiste para el bienestar de las regiones cuya administración te ha confiado. Cuanto más inaplicado, ignorante, disoluto, débil o feroz es un príncipe, más valioso es el sabio en su puesto...”

3.4. *Pedagogía blanda y comprensiva*

A los preceptores de Nerón (cap. XLVII) no les era ajena la imposibilidad de imbuir en aquel príncipe disoluto la austeridad de costumbres practicada por ellos. De ahí que trataran de sustituir la inclinación desmedida hacia las voluptuosidades ilícitas y groseras por el gusto por los placeres delicados y permitidos. Es decir: una pedagogía más permisiva y blanda que convirtiera al príncipe en un hedonista aceptable. La sed del príncipe por disfrutar de estos placeres queda reflejada en el siguiente texto: “¿Cuáles podían ser el fruto de su ejemplo y el efecto de sus discursos sobre un príncipe mal nacido y rodeado, además de esclavos corrompidos y de mujeres perdidas que, al aplaudir sus inclinaciones, le pin-

taban a Séneca y a Burro como dos pedagogos inoportunos; el uno más hecho para perorar en la sombra de una escuela que para ser admitido en la intimidad de un emperador; el otro, más propio para mandar en un campamento a la soldadesca que para representar un papel en un palacio³⁶?

El ambiente de depravación en la corte era enorme; los vicios, la perversidad, los abusos envilecían todo lo que se les acercaba, las mujeres perdidas y malvadas compiten en la toma de decisiones con el emperador, incluso, doblegan la voluntad de su amante, como se pone de manifiesto en las siguientes líneas: “Plinio el Viejo dice que hubiera sido menos doloroso ver a Nerón consultar a los espíritus infernales que a las favoritas. Los hombres perversos de la corte se aprietan a su alrededor, doblan la rodilla ante ellas, y éstas envilecen todo lo que se les acerca. Son protectoras natas de los malvados, perseguidoras infatigables de las gentes honradas. Sentadas en el trono al lado de su señor, hay dos autoridades: ellas tienen su partido, su consejo, sus audiencias; el imperio del soberano es menos tiránico, menos caprichoso que el suyo. Doblegran a su gusto la voluntad de su amante, depone a los ministros, dan generales a los ejércitos, señalan sus marchas en un mapa...”³⁷

3.5. *Dime la filosofía que profesas y te diré el hombre que eres*

El filósofo romántico J. G. Fichte estampa en su *Teoría de la ciencia*: “Dime la filosofía que profesas y te diré el hombre que eres”. “El hombre se trasluce tras el

³⁵ *De Ars poética*, v. 348.

³⁶ DIDEROT: *Vida de Séneca*, *op.cit.*, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

³⁷ *Ibidem*.

filósofo Séneca”, escribe también Diderot. Frente a los críticos de Seneca que le acusan de que sus hechos contradicen a sus dichos, Diderot afirma que no entrará en reprochar esto a los críticos; él cree en el carácter de su espíritu y en el espíritu de su carácter. Ni siquiera el más sabio de los atenienses nació felizmente sino que tuvo que practicar la virtud aunque no le faltó la inclinación natural al vicio. Si Séneca fortaleció su debilidad natural con los principios de la filosofía estricta y rigurosa, es un motivo para apreciarlo más. “¿No es muy ridículo ver a un personaje grave hablar de virtud con sutileza?”. Puede parecer ridículo pero, precisamente, cuando se habla de virtud es cuando Séneca es entusiasta y deja de ser sutil.

A la gente y a la corte, no se le pasan desapercibidas las calumnias a las que se verá abocado por sus riquezas, sus bienes, su poder, el favor y la munificencia de César. Y este hecho, lo reconoce ante sí mismo y ante su discípulo. Y ¿cuál ha sido la postura de los enemigos del filósofo? Se han aliado con los detractores del filósofo y han añadido: “Estos son los reproches que os harán, y harán bien, pues los habéis merecido”... ¿Es posible creer que un hombre de espíritu (y se le concede a Séneca) sea bastante indiscreto para dirigirse, por boca de sus detractores, inectivas que su propia conciencia confesaría y bastante torpe para dirigírselas delante de un discípulo capaz de tomarlo a la letra?

Y prosigue Diderot: “Si uno de nuestros aristarcos hebdomadarios dice familiarmente a un amigo: “Ved lo que me ha ocurrido desde que me he metido en esta triste y miserable carrera. Sabía perfecta-

mente que no dejarían de acusarme de ignorancia, de parcialidad, de maldad, de venalidad, de hipocresía, de mala fe; pero sois vos quien lo ha querido”...“¿Era, pues, un mérito tan grande no haber sido el corrupto de su discípulo?”... No; pero, ¿era un mérito tan flaco el haber hecho de él, a despecho de la naturaleza, un gran emperador, y eso durante cinco años, casi la mitad de su reinado? “Séneca no era un sabio y Tácito no lo niega.”...Séneca ha dicho: *El clemente Neron*. Entonces se solían utilizar epítetos que precedían a los nombres de los emperadores.

Para atacar a Agripina basta con leer a Tácito y ver cómo el historiador la presenta en una de las numerosas orgías nocturnas del palacio. Al margen de que Dion sea un impostor, el autor de los *Anales* es verídico, que lo malo que yo he dicho de esa mujer, caracterizada por una ambición desmesurada que enervaba a los espíritus, *cunctis cupientibus infringi matris potentiam*, y en la que el ansia de reinar ahogó el sentimiento natural y acabó con el freno del pudor, está muy por debajo de todo lo malo que habría podido decir de ella sin calumniarla.

Otro autor serio, citado por Diderot en algunas ocasiones, emite este juicio: “Agripina, hija, hermana, mujer, y madre de emperadores, era un espíritu compuesto por toda clase de perversiones”. “Agripina se prometía una gran parte de la administración del Imperio; era preciso, pues, que esta princesa, que no carecía de luces y que conocía a los hombres, contara mucho con la flexibilidad *filosófica* del personaje. Parece que la llamada del destierro no honra mucho al exiliado”.

No se debe a Séneca, sino a la sagaci-

dad de Agripina y a sus opiniones, a lo que no hace mucho honor la llamada del filósofo. A la pregunta de cuáles fueron sus lecciones hay que responder que las de la filosofía que tanto desagradaba a Agripina hasta el extremo de desaconsejar a su hijo su estudio porque no convenía a un emperador. Y respecto a sus frutos, se consiguieron cinco años de un reinado envidiado por Trajano.

Respecto a la razón de la llamada de Séneca, Diderot se inclina a creer en la rabia que sentía Agripina contra los dos preceptores de su hijo: Séneca y Burro, entre los cuales no distingue; sin embargo, Tácito relata que Agripina no solicitó el levantamiento del destierro de Séneca y su nombramiento de pretor sino para ganarse la simpatía y la gracia del pueblo y así, disimular con un acto encomiable la serie de “fechorías” a las que le tenía acostumbrado, *ne malis tantum facinoribus innotesceret*, poniendo al lado de su hijo un maestro célebre por sus luces y virtudes³⁸.

El historiador no deja ningún cabo suelto y así prevé todas las imputaciones de la maldad. No obstante, si existiera cualquier aristarco que afirmase que Séneca no pudo evitar el educar al hijo en los principios de la madre, ¿no estaríamos ante un ignorante que no ha leído nada de Historia o ante un vicioso que suelta lo primero que se le viene a la mente?: “Séneca compromete a su amigo Sereno.” No parece ser así. ¿A qué podía comprometerlo, si fuera cierto? ¿Acaso a ocultar al público una relación vil que él no podía ni impedir ni romper o a sustraerla al conocimiento de la ambiciosa, celosa y furibunda Agripina, una mujer ca-

paz de llegar a extremos insospechados?

Y respecto a la condescendencia de Sereno ¿os parece deleznable? Ahora increpa a los censores preguntándoles: “¿Os trasplantaríais siempre desde vuestros graneros, desde el polvo de vuestros bancos, de la sombra de vuestras escuelas, al centro de los palacios de los reyes, y condenaríais intrépidamente la vida de las cortes conforme a vuestros principios monásticos y a vuestro régimen de colegios?”.

“Séneca sostiene a Acté frente a Agripina”. Esto no es cierto; lo que sí hizo Séneca fue servirse de Acté frente a la incestuosa Agripina. Ésta, con tal de conservar el poder, mantenía una relación incestuosa con su hijo. Séneca, al advertir esto, favoreció la entrada de la liberta Actea en la vida del emperador que la conoció en un banquete que ofreció el general Otón de quien era amante. Nerón quedó cautivado ante la belleza exótica de Actea que lo sedujo y, gracias a sus consejos, el emperador tomó las riendas del gobierno. “Mesalina temía el genio penetrante de Séneca. Nos parece que no hacía falta ser demasiado penetrante para percibir los desórdenes de la casa de Claudio”.

Muchos eran los desórdenes y licencias de esta casa; cuanta menos sutileza fuera necesaria para percibirlos, más de temer era un observador perspicaz. “Mesalina no podía temer que Séneca, que, además no era más que un simple particular, pensara en hacerle perder el favor de un príncipe incapaz de escuchar un buen consejo y de aprovecharlo”³⁹.

³⁸ DIDEROT: *Vida de Séneca, op.cit.*, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

³⁹ *Ibidem*.

Mesalina era recelosa como lo son todos aquellos que abusan y gozan del favor, de la imbecilidad o de la debilidad de los soberanos: no soportan a su lado más que cómplices y cómplices subalternos; con sus celos consiguen alejar a todos los demás del entorno del soberano. En realidad, Claudio no era imbécil como para no darse cuenta de la maniobra que se operaba a su alrededor tratando astutamente de despojarle de su autoridad. Si hubiese tenido tal grado de estupidez como para no advertirlo, los malvados hubiesen seguido temiendo a Séneca. Es verdad que no era más que un particular muy valorado en la estimación pública y en la intimidad de los poderosos. Además es Tácito quien atribuye ese motivo a Mesalina.

Antes del asesinato de Agripina, la conducta de ambos era idéntica: son dos ministros relevantes pero, en el momento en que está echada la suerte sobre Agripina y se les confía su muerte, Diderot los ve igualmente inocentes. Una vez que se ha ejecutado la muerte, los dos siguen en la corte pero desempeñando diferentes papeles: uno hace de cortesano, el otro de censor.

Cuando el fantasma del crimen ha echado al príncipe de la Campania, Burro obliga a los soldados a doblar la rodilla ante el parricida, a felicitarlo por el peligro de que se ha librado y a besar unas manos todavía humeantes de la sangre de una madre; alaba al histrión y al cochero. Sin embargo, el pueblo acusa a Séneca como parodista del cantante y censor del conductor del carro. “He colocado a Nerón por encima de Augusto”⁴⁰.

3.6. Rasgos sublimes de un autor de mucho ingenio

Séneca está dotado de múltiples rasgos sublimes. En primer lugar el *Estilo de sus cartas*. Diderot nos pone sobre aviso para enjuiciar el estilo epistolar de Séneca, caracterizado por una familiaridad que le permite verter pensamientos y expresiones que estarían fuera de lugar en otro género. Sus cartas están plagadas de cosas hermosas y, aunque, su traducción es bastante natural, Diderot prefiere la versión original: “...Seré indulgente con el estilo epistolar, admitiré que la familiaridad del género admite pensamientos y expresiones que no cabrían en otro, pero, aunque llenas de cosa bellas, sus cartas, bastante naturales en la traducción, no me dejan de parecer menos rebuscadas en el original”.

En segundo lugar sobresale por sus *Enseñanzas y preceptos*. Estos constituyen el *corpus* de un curso moral sin igual en la antigüedad. Algunos de estos preceptos hay que tenerlos presentes en la memoria, llevarlos grabados en el corazón, al igual que otras muchas reglas de conducta “so pena de faltar a los deberes más sagrados y de llegar a la desgracia,... hay que recibirlos de buena educación o deberlos a Séneca”.

Nuestro filósofo se ha convertido en un auténtico manual de consulta. Podemos hacer ver a nuestros hijos su utilidad pero no permitirles su lectura hasta que lleguen a la madurez. Entonces, cuando hayan conocido a otros autores antiguos y modernos y sus lecturas les hayan formado el gusto, estarán en condiciones de conocer a Séneca a través de sus escritos.

⁴⁰ DIDEROT: *Vida de Séneca, op.cit.*, pp.84-76;

197-202 y 210-212.

Veamos lo que dice Diderot: “Que este filósofo sea, pues, nuestro manual asiduo: expliquémoslo a nuestros hijos, pero no les permitamos su lectura sino en la edad madura, cuando un trato habitual con los grandes autores, tanto antiguos como modernos, haya afirmado su gusto”.

En tercer lugar es admirable *su estilo* en general. Un estilo brillante y ligero, más parecido a la conversación chispeante del salón dieciochesco que al discurso árido del filósofo. Un estilo coloquial y narrativo aunque veces superficial en el tratamiento de los conceptos. Séneca escribe con precisión, de una manera viva, enérgica y un tanto abigarrada. Sus imitadores no alcanzarán jamás el nivel de sus bellezas originales. No sería conveniente que los jóvenes bebieran en sus obras y se convirtiesen en meros copistas. Veamos lo que nos dice Diderot: “Su manera es precisa, viva, enérgica, apretada pero no es ancha. Sus imitadores no se elevarán nunca a la altura de sus bellezas originales, y sería de temer que los jóvenes, cautivados por los defectos seductores del modelo, sólo se convirtieran en insípidos y ridículos copistas. Así pensaba yo de Séneca en una época en que me parecía más esencial decir bien que hacer bien, tener estilo que tener buenas costumbres, y conformarme a los preceptos de Quintiliano que a las lecciones de la cordura”⁴¹.

3.7. *Apropiación de ideas y pensamientos*

Y termina Diderot aludiendo a la cantidad de pensamientos e ideas con las que algunos de nuestros escritores más célebres han revestido sus obras. Si las analizásemos detenidamente, encontraríamos

que subyace el pensamiento de Plutarco, Séneca, Maquiavelo o Montaigne: “¡De cuántos pensamientos grandes y elevados, de cuántas ideas ingeniosas e incluso extrañas, se despojaría a algunos de nuestros escritores más célebres si se restituyera a Plutarco, a Séneca, a Maquiavelo y a Montaigne lo que han tomado de ellos sin citarlos! Amo la franqueza de este último: “Mi libro –dice– está hecho con los despojos de los otros dos”⁴². Yo permito que se tome prestado, pero no que se robe, y menos aún que se injurie a aquel al que se ha robado”⁴³.

4. CONCLUSIÓN

Al recordar a Séneca Denis Diderot toma postura ante la doble tradición que existe sobre aquel: una, la que le presenta como responsable de los vicios de las cortes imperiales de Claudio y de Nerón. Porque corrían por Roma críticas contra la acumulación de riquezas por parte de Seneca, contra la ostentación de sus villas y jardines, contra su autoestima excesiva. Y otra: la que vio en él al preceptor y moralista de un príncipe perverso a quien logró conducir hacia el bien durante los cinco primeros años de su gobierno.

A través de los eventos del imperio y de la actitud de Seneca ante los mismos se trasluce la valoración y actitud de Diderot ante su propia época. La conducta de Seneca sirve de referencia normativa para los intelectuales de la Ilustración. El presente es interpretado a la luz del pasado. Sobre la pauta del mundo antiguo el ilustrado erudito traza una imagen de la modernidad en la que destaca la figura del

⁴¹ DIDEROT: *Vida de Séneca, op.cit.*, pp.76-84, 197-202 y 210-212.

⁴² *Ensayos*, lib. II, cap. XXXII.

⁴³ DIDEROT: *Vida de Séneca, op.cit.*, pp.76-84; 197-202 y 210-212.

intelectual cumpliendo unas funciones específicas en la sociedad: consejero, educador, moralista. Solamente merece el nombre de filósofo quien se entrega a la búsqueda de la verdad y a la práctica de la virtud. El ensayo de Diderot, por tanto, más que un estudio histórico-crítico riguroso es una apología del sabio antiguo idealizado como ejemplo de comportamiento⁴⁴.

Hablar de Roma y de Séneca era hablar de sí mismo y de sus vicisitudes en la corte de Catalina II. Un paseo por la antigüedad clásica servía como instrumento para la comprensión de la historia del presente. Entre la Antigüedad y la Modernidad existían concordancias. Paris y Roma, tan distantes en el tiempo, no lo estaban tanto en costumbres y vicios⁴⁵. En Séneca Diderot lee e interpreta a intelectuales modernos, que como Voltaire en la corte de Federico II o el propio Diderot en la de Catalina II vivieron situaciones paralelas. El escrito de Diderot, por consiguiente, posee un carácter autobiográfico y polémico. Reflexionar sobre Seneca aporta comprensión sobre sí mismo y sobre la época en que tocó vivir a Diderot. Séneca aparece como el *alter ego* del ilustrado galo y al justificar éste a Seneca pretende justificarse a sí mismo⁴⁶.

Con ello el despotismo ilustrado es llamado a juicio y en su contexto se analiza la función del intelectual en la política y su misión de mejorar al príncipe y al gobierno. La meditación de Diderot es un alegato a favor del compromiso del filósofo con la sociedad, a favor de una filo-

sofía militante⁴⁷. Se pergeña por ese camino una filosofía política que trasciende los límites de una época para reivindicar validez más allá de las circunstancias temporales y locales. La historia aparece como tensión entre la virtud y el vicio, tensión que perdura también en la época en que vive Diderot.

⁴⁴ GINZO, A.: *Los antiguos y los modernos*. D. Diderot, *op.cit.*, p.93.

⁴⁵ *Ibidem*, p.95.

⁴⁶ GINZO, A.: *El problema de la filosofía y el poder*, *op.cit.*, p. 282.

⁴⁷ *Ibidem*, p.284.